Exige la tierra entera. Crítica materialista al derrotismo antidesarrollista

Agustín Guillamón

12 de agosto de 2026

Mientras miles de trabajadores paralizan puertos, polígonos industriales, redes ferroviarias y arterias urbanas en las movilizaciones y en la jornada de huelga general del 11 de noviembre contra la crisis de la vivienda y el encarecimiento de la vida, los ideólogos del antidesarrollismo y del posmodernismo libertario siguen reiterando sus tesis sobre la supuesta desaparición del proletariado.

En el actual debate libertario se ha instalado una falsa disyuntiva que conviene pulverizar desde la teoría materialista de la lucha de clases. Por un lado, las burocracias sindicales y los partidos institucionales intentan encauzar la rabia social por la vivienda y los salarios hacia las urnas, la negociación parlamentaria y el pacto social. Por otro, las corrientes antidesarrollistas, postsituacionistas y ruralistas —con los herederos de Jaime Semprún y los epígonos de Jacques Camatte a la cabeza— proclaman el certificado de defunción de la clase obrera, culpan de todos los males a una entidad metafísica llamada «la técnica» o «la megamáquina» y recetan como única salida la deserción individual hacia el campo o la defensa interclasista del territorio.

Esta nueva teoría que decreta el fin del sujeto proletario y el abandono del anarquismo clásico reviste una enorme importancia ideológica, pues se presenta como una ruptura radical frente a las supuestas categorías caducas del siglo XIX. Sin embargo, lejos de constituir un hallazgo original, este discurso recicla viejos tópicos del pesimismo cultural de posguerra: sustituye el antagonismo entre capital y trabajo por una crítica abstracta a la «razón instrumental» y presenta a sus autores como una élite clarividente capaz de advertir un apocalipsis que unas masas supuestamente alienadas y unidimensionales serían incapaces de comprender.

Cuando desde una perspectiva de clase se denuncia esta capitulación política, los teóricos de la rendición reaccionan colgando etiquetas automáticas: «obrerista», «productivista» o «marxista». Fingen ignorar que la crítica más temprana, implacable y rigurosa contra la devastación ecológica, el hacinamiento urbano y el monstruo industrial capitalista no nació en los cenáculos literarios del postsituacionismo ni en las comunas neorrurales contemporáneas, sino en la propia tradición revolucionaria y libertaria clásica, en la crítica de la economía política y en la práctica histórica de la Revolución de 1936.

La crítica libertaria, la economía política y la lección de 1936

Basta revisar la herencia teórica y práctica del movimiento obrero revolucionario para desmontar la arrogancia de quienes creen haber inventado la crítica al urbanismo y al industrialismo destructivo. Ya en el siglo XIX, el geógrafo y comunero Élisée Reclus advirtió en *El hombre y la tierra* sobre el divorcio violento que el capitalismo imponía entre la especie humana y la naturaleza, denunciando la destrucción de los paisajes, la contaminación de los ríos y la deformación física y moral provocada por la concentración urbana.

Décadas más tarde, en pleno auge revolucionario de los años treinta, el médico y militante anarquista Isaac Puente formuló en *El comunismo libertario y otras proclamas insurreccionales y naturistas* (1933) una crítica demoledora al industrialismo capitalista y a la ciudad monstruosa. Puente denunció sin rodeos que el régimen del beneficio

privado había hipertrofiado las urbes hasta convertirlas en focos de enfermedad, hacinamiento y parasitismo, subordinando la salud humana y el equilibrio natural al lucro mercantil. Lejos de defender una industrialización ciega o de idolatrar las fábricas nocivas, planteó la necesidad de descongestionar las grandes ciudades, armonizar la industria con la agricultura y disolver la oposición entre el campo y la ciudad mediante la federación de comunas libres.

Esta clarividencia converge plenamente con los fundamentos de la crítica de la economía política. Bajo el modo de producción capitalista, el desarrollo de las fuerzas productivas se transforma inevitablemente en **desarrollo de fuerzas destructivas.** Lejos de atribuir esta barbarie a una maldad intrínseca de la técnica o a una supuesta «decadencia espiritual» de las masas, el análisis materialista demuestra que la hipertrofia de las megalópolis, la especulación inmobiliaria, el extractivismo y el saqueo energético obedecen a la fría matemática de la ley del valor. Responden a la necesidad estructural del capital de concentrar fuerza de trabajo, abaratar su reproducción, extraer renta monopolista del suelo y acelerar la rotación de las mercancías. Las grandes catástrofes ambientales no son fatalidades técnicas, sino crímenes sociales causados por la subordinación del territorio a la tasa de ganancia.

Esa crítica no se quedó en el papel: encontró su verificación histórica en la Revolución social de julio de 1936 en Cataluña y Aragón, una experiencia cuya dinámica de poder obrero y popular examiné a fondo en *La revolución de los comités* (2012). Cuando el proletariado revolucionario barrió el aparato estatal burgués y tomó en sus manos la vida social a través de los comités de defensa, las colectivizaciones agrarias y las socializaciones industriales y urbanas, demostró en la práctica qué significa romper con la lógica capitalista del territorio y la producción. Las colectividades agrarias superaron el minifundio y el aislamiento rural mediante el apoyo mutuo, racionalizaron los cultivos y abolieron el dinero. Simultáneamente, en ciudades como Barcelona, la socialización de la construcción a través del Sindicato Único, la racionalización integral del ramo de la madera, el control obrero de los transportes y suministros, la municipalización revolucionaria de la vivienda —que puso fin de un plumazo al rentismo inmobiliario y al hacinamiento especulativo— y la transformación pedagógica impulsada por el Consejo de la Escuela Nueva Unificada (CENU) probaron que los trabajadores son capaces de reorientar la economía hacia la satisfacción de las necesidades humanas, cerrando ramas parasitarias y planificando democráticamente la relación entre la urbe y el entorno agrario.

De ahí que la revolución social no consista en «autogestionar» las fábricas tóxicas ni en perpetuar el productivismo capitalista bajo bandera rojinegra. Siguiendo el proyecto de Isaac Puente, los fundamentos de la crítica de la economía política y el impulso socializador de 1936, emancipar el trabajo exige detener de inmediato la producción inútil y destructiva: el armamento, la especulación urbanística, el transporte superfluo y las industrias contaminantes. Implica, además, demoler el hacinamiento urbano y redistribuir racionalmente a la humanidad sobre el territorio. Todo ello sobre una premisa irrenunciable que hoy los antidesarrollistas pretenden borrar: **ese desmantelamiento solo puede ejecutarlo la clase obrera organizada desde abajo,** nunca una minoría aislada que da la espalda a las ciudades.

Las «catástrofes anunciadas» y la crítica de Bordiga al cemento capitalista

Esta misma lucidez materialista frente al urbanismo monstruoso y la devastación ecológica fue desarrollada de forma implacable por el comunista italiano Amadeo Bordiga —fundador y primer dirigente del Partido Comunista de Italia en 1921, figura central de la Izquierda Comunista italiana y férreo opositor tanto al estalinismo como al

fascismo desde el marxismo revolucionario— a comienzos de los años cincuenta en las páginas de *Il Programma Comunista*. Como ya analicé detalladamente en *Amadeo Bordiga en el Partido Comunista de Italia* (2024), su trayectoria teórica y militante encarnó una defensa intransigente de los principios revolucionarios del proletariado frente a toda desviación oportunista. Décadas antes de que el ecologismo burgués o las corrientes antidesarrollistas descubrieran el problema, Bordiga —ingeniero de formación y militante revolucionario— demostró que las catástrofes naturales y la destrucción del territorio no son accidentes técnicos ni fatalidades del progreso, sino crímenes sociales inscritos en la ley del valor.

En célebres textos como *La especie humana y la corteza terrestre* (1952) y *Espacio contra cemento* (1953) —así como en sus denuncias tras las devastadoras inundaciones del río Po en 1951—, Bordiga analizó cómo el capitalismo convierte la construcción y la ordenación territorial en un negocio criminal. El capital no construye para satisfacer la necesidad humana de habitación, sino para multiplicar el volumen de mercancías, acelerar la rotación de la inversión y extraer renta monopolista del suelo. De ahí la manía capitalista de «amontonar hombres-sardinas» en megalópolis irrespirables y rascacielos de hormigón armado —el urbanismo autoritario tipo Le Corbusier—, sacrificado todo al lucro del sector inmobiliario y de las grandes obras públicas. Para Bordiga, cada desastre hidrológico, cada accidente en el transporte, la industria o la minería y cada destrucción de los ecosistemas eran consecuencias previsibles de una misma lógica: la subordinación capitalista de la seguridad humana y la naturaleza al beneficio económico.

Frente a esa barbarie, el programa revolucionario defendido por Bordiga exigía superar la fractura entre el campo y la ciudad mediante una radical desurbanización: disolver las grandes aglomeraciones metropolitanas, suprimir el despilfarro constructivo y redistribuir racionalmente a la especie humana sobre la corteza terrestre. Sin embargo, a diferencia de lecturas primitivistas posteriores —como Jacques Camatte, que deformó estas tesis para liquidar la lucha de clases y predicar el abandono del mundo industrial— Bordiga jamás cayó en la idealización del pasado preindustrial ni en el rechazo metafísico de la técnica. Por el contrario, subrayó que solo la revolución del proletariado, tras abolir el trabajo asalariado y el cálculo mercantil, podría subordinar la ciencia y las fuerzas productivas a un «plan de vida para la especie», reconciliando por fin a la humanidad con la naturaleza.

¿Por qué el situacionismo silenció estas raíces?

Resulta revelador preguntarse por qué ni la Internacional Situacionista de Guy Debord en los años sesenta, ni sus epígonos antidesarrollistas como Miquel Amorós en las últimas décadas, integraron seriamente el legado del anarquismo naturista de Puente, la crítica de la economía política o las lecciones profundas de las socializaciones de 1936, presentándose en cambio como los descubridores absolutos de la crítica al urbanismo y al desarrollismo.

Existen tres razones históricas y políticas precisas para este silencio:

- **El elitismo vanguardista frente al movimiento obrero clásico.** Tanto Debord como los grupos posteriores despreciaron sistemáticamente el bagaje teórico y práctico del proletariado revolucionario de los años treinta —al que tachaban de «ingenuo», «productivista» o «decimonónico»— para erigirse en una vanguardia teórica diferenciada. Al dar la espalda a figuras como Isaac Puente, Élisée Reclus o a la experiencia concreta de las colectivizaciones y socializaciones de 1936, borraron el hecho de que la crítica al urbanismo capitalista ya formaba parte del programa revolucionario de la clase obrera.

- **La necesidad de inventarse una originalidad literaria.** Tanto el situacionismo tardío como el postsituacionismo de Semprún y Amorós construyeron sus lucubraciones sobre la pretensión de haber superado al «viejo movimiento obrero» y sus categorías económicas. Reconocer que la crítica más radical al cemento, al despilfarro y al lucro inmobiliario ya estaba fundamentada desde la crítica de la economía política y ensayada en las socializaciones de 1936 habría desmontado de raíz su relato de ruptura posobrerista.
- **El rechazo antidesarrollista a la lucha de clases.** Miquel Amorós, formado en la tradición situacionista y en la *Encyclopédie des Nuisances*, no podía asumir una perspectiva materialista de clase sin dinamitar su propio edificio ideológico. Mientras la tradición revolucionaria vincula inseparablemente la defensa de la tierra a la abolición del capitalismo por los trabajadores, Amorós necesita presentar la «sociedad tecnoindustrial» como un monstruo autónomo que ha absorbido a la clase obrera, justificando así su abandono del terreno de la lucha de clases.

De *Del situacionismo al abismo* a la genealogía de una renuncia

Hace ya más de veinte años, en *Del situacionismo al abismo. Panfleto contra las «nocividades» de la Enciclopedia* (2005), diseccioné paso a paso esta degeneración teórica. Allí demostré cómo la trayectoria intelectual de Jaime Semprún (fallecido en 2010) y del grupo de la *Encyclopédie des Nuisances* constituía la crónica exacta de una capitulación asumida tras el reflujo de las luchas autónomas de los años setenta.

En aquella crítica ya señalé la cadena sucesiva de renuncias que caracteriza a toda esta corriente: primero, la renuncia a transformar la sociedad (*Compendio de recuperación*); después, la renuncia a comprender materialistamente el mundo (*El abismo se repuebla*); y finalmente, la renuncia a toda intervención política revolucionaria (*El fantasma*), reduciendo el horizonte emancipador al consejo bucólico de retirarse al campo a cultivar el propio jardín. Si ampliamos hoy aquella radiografía a todo el espectro postsituacionista y antidesarrollista, el hilo conductor de este abandono del análisis de clase resulta diáfano:

- **La herencia de la Escuela de Frankfurt.** Antes incluso del giro situacionista, pensadores como Adorno, Horkheimer o Marcuse sentaron las bases de este derrotismo al desplazar la crítica de la explotación capitalista hacia una crítica abstracta de la técnica y la «razón instrumental», declarando la integración total de la clase obrera en la sociedad de consumo.
- **El giro subjetivista del situacionismo.** Aunque en sus orígenes reivindicó los consejos obreros, el situacionismo de Debord y Vaneigem desplazó progresivamente el eje de la crítica desde la explotación económica hacia la alienación cultural y el «espectáculo». Al redefinir al proletariado como «todo aquel que no tiene poder sobre su propia vida», diluyó la relación social objetiva capital-trabajo en un malestar existencial interclasista.
- **Jaime Semprún y la teología de las «nocividades».** Semprún sustituyó el análisis de las clases sociales por el fetichismo de las «nocividades» (*nuisances*), presentando a la humanidad moderna como una masa homogénea, degradada, amnésica y adicta al consumo. Cuando un ensayo político renuncia a comprender la contradicción entre capital y trabajo y desprecia al proletariado real por su pasividad en tiempos de paz social, deja de ser teoría crítica para convertirse en un discurso catastrofista.
- **Jacques Camatte y el mito del «capital autonomizado».** Por una vía paralela, Camatte decretó en los años setenta que el capital había escapado a sus propias leyes económicas para convertirse en una comunidad material totalitaria que había absorbido por completo a la especie humana. Al dar por liquidada la lucha de clases y

proponer el repliegue al margen de la sociedad industrial para «regenerar la especie», abrió la puerta de par en par a todas las derivas primitivistas, neorrurales e irracionalistas.

- **El callejón sin salida del antidesarrollismo.** Heredero directo de la rama sempruniana, Amorós ha sistematizado en el ámbito ibérico esta teorización de la derrota. Afirmando que el movimiento obrero murió definitivamente hace medio siglo y que la clase trabajadora está irremediablemente integrada en el sistema tecnoindustrial, sustituye al sujeto proletario por abstracciones ciudadanistas como los «defensores del territorio» o por la deserción individualista.

La ruptura con la tradición revolucionaria y la mistificación neoluddita

Los fundamentos de la crítica de la economía política elaborada por Marx fueron valorados, asimilados y difundidos en sus aspectos esenciales por numerosos teóricos anarquistas de distintas generaciones —desde clásicos como Mijaíl Bakunin, Carlo Cafiero, Piotr Kropotkin y Errico Malatesta, hasta pensadores modernos como Rudolf Rocker, Daniel Guérin o Abraham Guillén—. Todos ellos, a pesar de sus profundas discrepancias respecto al papel del Estado, el determinismo histórico y los métodos de organización, coincidieron en asumir el análisis materialista de la explotación asalariada, la acumulación capitalista y el desarrollo de las fuerzas productivas como base indispensable para la emancipación proletaria.

Sin embargo, el discurso antidesarrollista rompe frontalmente con esta tradición revolucionaria de clase para sustituir la crítica del modo de producción capitalista por una cruzada moralista y nostálgica contra la técnica, la industria y la civilización urbana. El problema no reside en la existencia de la industria, la ciencia o las grandes concentraciones urbanas, sino en las relaciones sociales de producción capitalistas que convierten las fuerzas productivas en fuerzas destructivas al servicio de la acumulación del capital y la extracción de plusvalía.

Lejos de apuntar hacia la superación comunista del capitalismo mediante la abolición del trabajo asalariado y la reapropiación colectiva de los medios de producción por parte del proletariado, esta propuesta predica un retorno utópico y pequeñoburgués hacia una arcadia preindustrial, basada en el localismo autárquico y el rechazo abstracto de la tecnología. Este neoluddismo tardío desprecia el papel histórico de la clase obrera industrial —a la que reduce a una masa alienada e irrecuperable de consumidores— y reemplaza al sujeto revolucionario por vagas abstracciones como «los habitantes». La emancipación social jamás vendrá de un retroceso civilizatorio ni de la destrucción de las herramientas que la humanidad ha construido con su trabajo colectivo, sino de expropiar a la burguesía, destruir el Estado y poner la técnica, la ciencia y la producción al servicio de las necesidades humanas, transformando radicalmente su finalidad y su organización.

La impotencia de los «huertos de aislamiento» frente al poder proletario

El error teórico de todas estas corrientes tiene consecuencias prácticas devastadoras. Al ocultar que detrás de cada pelotazo urbanístico, de cada macroplanta energética, de cada algoritmo de control y de cada tonelada de hormigón hay una relación social de explotación —capital constante acumulado mediante trabajo no pagado—, desarman ideológicamente a los explotados.

Conviene, no obstante, trazar una distinción precisa. Una cosa son las luchas reales contra la especulación rural, la destrucción de comarcas enteras o la imposición de macroproyectos energéticos y turísticos —conflictos legítimos donde los trabajadores del campo y de la periferia se enfrentan directamente a la voracidad del capital—, y otra muy distinta es la ideología antidesarrollista que convierte el «territorio» en un fetiche interclasista para negar la centralidad de la explotación asalariada. Mientras las primeras

forman parte del combate material contra la mercantilización de la vida y necesitan confluir con las luchas urbanas e industriales para vencer, la segunda utiliza la defensa del paisaje como coartada para desertar de la lucha de clases y predicar el aislamiento comunitario.

Como denuncié ya en 2005 frente a Semprún y reitero hoy frente a sus discípulos, encerrarse en comunidades rurales aisladas para practicar una subsistencia autosuficiente no inquieta ni molesta al capital. Frente a las colectivizaciones y socializaciones de 1936, que expropiaron al capital a escala social e integraron ciudad y campo bajo control obrero, el neorruralismo contemporáneo no es más que una válvula de escape individualista. El capitalismo no es un estilo de vida del que uno pueda darse de baja individualmente o en selectivas élites; es una relación social mundial que domina la tierra, el agua, la energía y el conjunto de la reproducción social. Mientras los trabajadores sigan produciendo mercancías, transportando suministros y sosteniendo las infraestructuras bajo el mando del capital, el sistema seguirá devastando el planeta, aunque miles de militantes se retiren a contemplar o esquivar el colapso.

El proletariado, como demuestra la experiencia histórica, es una clase intermitente en su manifestación política: durante los largos períodos contrarrevolucionarios permanece sociológicamente sometido a la ideología dominante, pero en los momentos de crisis abierta emerge como la única fuerza capaz de subvertir el orden existente. Confundir una fase de reflujo con la muerte definitiva de la clase obrera es el error clásico de los intelectuales impacientes que sustituyen la paciencia revolucionaria por el catastrofismo literario.

Conclusiones: los hechos frente a los obituarios

La realidad de los conflictos sociales de este otoño desmiente en la práctica todos los obituarios firmados por el posmodernismo y el antidesarrollismo. Cuando los trabajadores del transporte y la logística detienen la circulación de mercancías, cuando los barrios se organizan contra los fondos buitre y la especulación inmobiliaria, y cuando una huelga general pone en jaque la normalidad capitalista por el derecho a la vivienda y la subsistencia, queda claro dónde reside la verdadera fuerza transformadora.

El proletariado —en los almacenes logísticos, en los hospitales, en las oficinas, en el transporte, en las plataformas digitales y en los barrios precarizados— no es una reliquia del siglo XIX, sino una relación social viva y explosiva. No necesita partidos-guía ni vanguardias autoritarias que lo tutelen, pero tampoco profetas del apocalipsis que lo inviten a desertar del campo de batalla. La emancipación de los trabajadores será obra de los propios trabajadores, o no será.

Frente al confusionismo y la deserción individualista que pretende levantar islas rurales para minorías selectas —repitiendo las viejas ilusiones utópicas de Robert Owen (*New Harmony*), Charles Fourier (los falansterios) o Étienne Cabet (*Icaria*) que el movimiento obrero superó hace casi dos siglos al demostrar que nadie puede emanciparse en solitario—, la verdadera tarea revolucionaria pasa por impulsar la autoorganización de clase. Retomar el hilo histórico de las socializaciones de 1936 significa crear comités de huelga, asambleas soberanas y comunas capaces de tomar el control de la producción, destruir sus sectores nocivos, abolir el trabajo asalariado y disolver la megalópolis capitalista.

Como ya dejó trazado Isaac Puente en vísperas de 1936, la alternativa a la monstruosidad urbana y al industrialismo destructivo no reside en la huida solitaria de unos pocos, sino en la federación de comunas libres, la armonización revolucionaria entre el campo y la ciudad y la socialización de la riqueza por los propios trabajadores. Frente a quienes se conforman con cultivar su propio huerto a la espera del colapso, **exigimos la**

tierra entera: sin revolución social no habrá libertad ni armonía con la naturaleza, y sin el protagonismo de la clase obrera no habrá emancipación posible.

Agustín Guillamón. Barcelona, 19 de noviembre de 2026.

Bibliografía citada en el artículo:

Bordiga, Amadeo: «Specie umana e crosta terrestre». *Il Programma Comunista*, núm. 6, Milán, 18 de diciembre de 1952.

Bordiga, Amadeo: «Spazio contro cemento». *Il Programma Comunista*, núm. 1, Milán, 8 de enero de 1953.

Guillamón, Agustín: «Del situacionismo al abismo. Panfleto contra las "nocividades" de la Enciclopedia». *Balance*, cuaderno de historia número 29. Barcelona, 2005. [Ahora en diversas webs: Ser Histórico, Kaosenlared, Portal Libertario OACA].

Guillamón, Agustín: *La revolución de los comités. Hambre y violencia en la Barcelona revolucionaria. De julio a diciembre de 1936*. Aldarull, Barcelona, 2012.

Guillamón, Agustín: *Amadeo Bordiga en el Partido Comunista de Italia*. Hermanos Bueso Ediciones, Madrid, 2024.

Puente, Isaac: *El comunismo libertario. Sus posibilidades de realización en España*. Biblioteca de Estudios, Valencia, 1933. [El título: *El comunismo libertario y otras proclamas insurreccionales y naturistas*, corresponde a la recopilación publicada por Likiniano Elkartea en Bilbao, 2003.]

Reclus, Élisée: *L'Homme et la Terre. Librairie Universelle,* París, 1905-1908.

Semprun, Jaime: *Précis de récupération, illustré de nombreux exemples tirés de l'histoire récente*. Éditions Champ Libre, París, 1976.

Semprun, Jaime: *L'Abîme se repeuple*. Éditions de l'Encyclopédie des Nuisances, París, 1997.

Semprun, Jaime: «Le fantôme de la théorie». *Nouvelles de nulle part*, núm. 4, Éditions de l'Encyclopédie des Nuisances, París, septiembre de 2002, pp. 7-26.

Alejandría proletaria. Biblioteca general de pensamiento revolucionario
Serie: Obras, textos y artículos de Agustín Guillamón

germinal_1917@yahoo.es